

## LA CRECIENTE AUTONOMIA DE LOS PAISES DEL BLOQUE SOVIETICO

La muerte de Stalin marcó un hito importante en el mundo soviético, y no sólo en las relaciones de éste con el mundo libre, o en lo relativo a la organización interna de los países bolcheviques, sino también en lo tocante a una mayor libertad en la política interior y exterior de tales países, y principalmente en las relaciones con el líder de su campo; esto es, con Rusia.

En lo interno significó para Rusia el comienzo de una nueva era, que traía consigo la liberación del terror y de las purgas trágicas, en las que Beria había tenido una parte no pequeña; la dulcificación de la disciplina y de los métodos de trabajo; una reforma jurídica, destacando dentro de ella la muy importante del Código Penal, con la adopción del principio *Nullum crimen, nulla pena sine lege*, y el reconocimiento en la práctica de varias garantías que ya existían con anterioridad, si bien teóricamente. También significó algo más, a lo que ayudó y contribuyó la situación general de la política mundial: una preocupación por mejorar las condiciones de vida de las poblaciones.

Crear que todo ello sea la obra del flexible y desconcertante Jruschov, es demasiado. En parte existían ya unos supuestos innegables de estos cambios, aunque Stalin, si es que los vió, hizo como si los ignorase. Lo permitió—repetimos—la situación general, y lo impulsaron los equipos de sociólogos, economistas y técnicos de la Administración, a los que Jruschov concede más crédito, sin duda alguna, que a los dogmáticos, y muchas veces ignorantes, funcionarios del Partido.

Las ideas y programas de Jruschov no son tan originales como generalmente se cree. Malenkov, que a la muerte del Zar rojo tuvo un papel tan fugaz, ya afirmó que la guerra en la Era Atómica ya no era la guerra leninista revolucionaria que sirve a los intereses de las clases proletarias. También había visto Malenkov que para hacerse popular conviene fabricar me-

nos cañones y más aparatos de televisión. Pero su indecisión le perdió. Allí estaba Jruschov para reprocharle cuanto a él le es hoy en día reprochado por los chinos.

Esta distensión en la rigidez interior tiene un paralelismo en la exterior, y así se observa un relajamiento de todo el bloque oriental, acrecentado con la disputa chino-rusa, y ante la cual no es extraño que Moscú afloje las riendas, prefiriendo tener por amigos de buen grado a quienes hasta hace poco tiempo tuvo por servidores forzados.

La disputa ruso-china, además de haber originado una bipolaridad en el mundo comunista, ha causado escisiones aun dentro de los partidos comunistas de casi todos los países.

El hecho es que la integración de los países comunistas no se ha conseguido. Sobre este problema de la integración de los países comunistas, ya opinaban de manera diferente Lenin y Stalin. Para el primero, todo país donde triunfase el comunismo, y que no hubiera pertenecido anteriormente al imperio ruso, debía integrarse en la Unión Soviética, que se ensancharía después hasta formar la República Soviética mundial. Stalin, sin embargo, sostenía que para tales países había que improvisar de momento una nueva situación que él pensaba era la confederación.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas creada en 1918 estaba precisamente orientada para dar cabida a cuantos países en el futuro arribasen a las doradas playas del comunismo. Pero lo único que se logró fué que Rusia ensanchara su poder en Europa Oriental, logrando con la presencia de sus divisiones, lo que no podía lograr a través del Partido comunista.

La primera sorpresa que recibió Stalin sobre este particular fué la separación de Yugoslavia, estado no ocupado por el Ejército soviético, contra el cual había un fortísimo resentimiento, y que fué el primer brote valiente del comunismo nacional. Tampoco era halagüeño que en China hubiese triunfado el comunismo sin la ayuda rusa, pues así no había forma de encontrar un pretexto para subordinar el comunismo chino al ruso. Además, el comunismo chino tenía una base eminentemente nacionalista, conseguida en la lucha que había mantenido para expulsar al imperialista nipón. El disgusto lo aumentaba también el que las concesiones que en las Conferencias de Yalta había conseguido Stalin del imperialista Chang Kai-Shek sobre Manchuria, y los grandes privilegios en los puertos comerciales y vías de comunicación, no podían conservarse al advenir al poder el comunista Mao

Tse-tung; además de que se venían abajo por el mismo motivo los ensueños de Rusia sobre la riquísima provincia de Sing-Kiang, y se iniciaba—ya entonces previsible—una historia de fricciones y de percances permanente entre las dos Mongolias.

Pero lo que es interesante destacar es cómo el comunismo no destruyó el deseo de los pueblos de regirse por sí mismos y de moverse a su antojo. De ahí que la mayoría de los países tras el telón de acero hayan acogido con alegría verdadera el cisma rojo, que ha resquebrajado la disciplina monolítica de la U. R. S. S., y así los respectivos partidos comunistas, especialmente el italiano, el yugoslavo y el rumano, considerando que los deseos imperialistas de la U. R. S. S. tienen un freno definitivo. Tito, aunque esté hoy unido a Jruschov en cuerpo y alma en cuanto a la política internacional se refiere, busca esa libertad de acción que hace posible su situación de país no comprometido en el Pacto de Varsovia, y que le proporciona una gran influencia en los campos socialista y neutralista. Rumania no quiere ver interrumpido en modo alguno su ecléctico ensayo entre el estalinismo antiguo y el neoestalinismo, con el que hasta ahora le ha ido bastante bien. Y Togliatti ve la posibilidad de establecer un comunismo regional, cuya dirección iría a parar—pura inercia—a sus manos. No hay que olvidar que la expresión de policentrismo comunista la acuñó Togliatti en el año 1956.

No se alcanza de momento a ver hasta dónde es posible este policentrismo y cuánto durará, pero casi puede predecirse que durará en tanto exista la escisión, y es innegable que a Rusia le será cada vez más difícil recuperar su postura dictatorial, a medida que los países del Pacto de Varsovia vayan ensanchando sus contactos con la Europa Occidental, que se encuentra en unas condiciones mucho más favorables en el aspecto económico y social, condiciones que dejan en una postura un tanto desairada al comunismo soviético.

Diríamos que el caso de China ha prestado vigor a ese movimiento de autonomía, pero no que haya sido el móvil principal. Ni los pueblos, ni sus gobernantes o élites dirigentes son ciegos. La U. R. S. S., que aparecía ante sus aliados como el paladín incondicional, dispuesto en todo momento a saltar a la palestra en defensa de cualquier país comunista, ha tenido sus capitulaciones frente a Occidente. Exactamente igual que Estados Unidos, que pese a sus promesas de defender la libertad, ha tenido las suyas. La revolución húngara fué motivo suficiente para que cayese la venda de la ingenuidad en aquellos países que en Occidente creían en los Estados Unidos como abogado permanente de las causas justas, y en Oriente, en los que creían

todavía en la contrarrevolución de los reaccionarios. Las absurdas versiones que aquí y allá circularon bastaron, o deberían bastar, para ver cómo los dos gigantes añadían a la injusticia el cinismo, y para dudar, por lo tanto, de su ayuda desinteresada y de sus afirmaciones de amistad y buena fe.

Estados Unidos dijo que no era necesaria la intervención, pues ya había intervenido la U. R. S. S. para "restablecer el orden". Y la U. R. S. S. quiso hacer pasar tal movimiento como el resultado de las tendencias burguesas y capitalistas infiltradas, etc. ¡Curiosa revolución capitalista, aprovechada por miles y miles de obreros y campesinos para huir del hambre y de la opresión, que hoy viven en Canadá, Australia, Alemania, Austria, cuya actividad es el trabajo en la fábrica o en el campo, y cuyos testimonios informan ciertamente con más veracidad que los comunicados oficiales!

El cisma rojo lo que ha hecho es más clara la posibilidad de la autonomía, pues si el poder se puede orientar en dos centrales, es suficiente para echar abajo la tesis de la comunidad comunista internacional. Y se hace bastante claro que el mundo comunista no se limitará a partirse en dos mitades homogéneas, sino más bien en una pluralidad de centros regionales, con diferentes matices ideológicos, y más aún que estos centros aprovecharán la acritud de los grandes para afirmar su propia autonomía, una vez roto el monopolio ideológico de un solo mando, a lo que el mundo comunista no ha tenido más remedio que resignarse.

Y puede decirse que más que se haya resignado el mundo comunista, se ha resignado la U. R. S. S. Ha habido una época en la que el triunfo del comunismo en el mundo habría sido el triunfo de Rusia en el mundo. Esto ya no es de ninguna manera posible, tanto por la aparición de nuevas potencias comunistas en el horizonte político, como por el creciente desplazamiento de la tensión desde la ideología a la raza.

Resumiendo lo dicho hasta ahora, vemos que la política rusa ha girado con respecto a los países de su bloque; que la discrepancia chino-rusa ha apoyado, o mejor posibilitado ese giro; que los países comunistas conservan aún el nacionalismo, largo tiempo reprimido por la amenaza del empleo de la fuerza, y que son partidarios de un comunismo nacional, y que debido a todo ello, las relaciones con Occidente se prodigan cada vez más, con una libertad de acción que va en aumento, y que hubiera sido imposible hace unos años.

Por ejemplo, y volviendo a Hungría, vemos las buenas relaciones que unen hoy a este país con Moscú, o, mejor dicho, a Kádár con Jruschov. De

Kádar son sobradamente conocidas su predilección por un comunismo nacional, su traición al alzamiento popular de 1956 y su servilismo a Moscú, servilismo que le permitió una libertad de movimientos, si bien le ganó la enemiga de su pueblo. El duo Kádar-Jruschov, con su afición a la popularidad y a los golpes de humor, contrasta con el dúo Rakosi-Stalin, portadores de una seriedad enigmática e inquietante. Hoy Kádar está fuertemente apoyado por Jruschov, no por aquellos que provocaron su caída y sus torturas durante el régimen de Rakosi. Y dada la difícil situación de Kádar ante su pueblo, ha recibido de Moscú más libertad de acción, para borrar esa desagradable sensación de hombre de paja del Kremlin.

A raíz del alzamiento, la situación del Partido comunista de Hungría era caótica: De 864.000 miembros que había tenido en el año 1954, quedaban 16.000. Para aumentar el número se implantó la pertenencia obligatoria al Partido de todos los funcionarios de la Administración estatal y de los técnicos industriales.

En 1962 ha comenzado en Hungría la sustitución del funcionario político por el técnico en los puestos claves para la economía, el desarrollo y el comercio exterior. Esto llevó a cifras positivas en el balance de los pagos y a un aumento de las exportaciones. El ejemplo cundió, y se empezó a practicar en otras esferas de la economía y de la producción. El atemperamiento del comunismo y la incorporación de los sin partido a las tareas del estado lo expresa la misma frase de Kádar en el Parlamento en 1962: "Todos los que no están contra nosotros, están con nosotros."

¿Revisionismo? No. Simplemente que Kádar se adscribe a la tónica actual en lo tocante a la preocupación del estadista por desarrollar la economía y organizar la producción para obtener un más alto nivel de vida.

La medida que le granjeó definitivamente la simpatía de los países occidentales, y en especial la de Estados Unidos, fué la promulgación de una ley de amnistía para los delitos políticos, el 4 de abril de 1963.

Al momento mantiene tratados comerciales con Inglaterra, Francia, U. S. A., Turquía, etc. Comulga, por completo, con el principio de la coexistencia pacífica y es partidario del tratado de no-agresión propuesto por Jruschov entre los países de la N. A. T. O. y los del Pacto de Varsovia.

También en Rumania la actividad internacional con los países occidentales ha ido en aumento a partir de 1963, manifestada en numerosos contactos, conversaciones y visitas con los representantes de los países capitalistas, pronunciándose también por todos los tratados que aseguran la dis-

ensión política en el camino hacia la paz. En 1962 sus exportaciones a los países capitalistas significaban ya más de los dos tercios del volumen total, yendo dirigidas, principalmente, a Inglaterra, Francia, Suiza, Estados Unidos, Austria, Grecia, Italia, Dinamarca... Con la Alemania de Bonn firmó un Tratado en octubre de 1963. También ha tenido numerosos intercambios de comisiones artísticas, científicas y culturales, y su ministro de Asuntos Exteriores, Manescu, visitó Iberoamérica y Francia en octubre de 1963. Su aspecto económico está en la línea de todo el bloque soviético: producción que disminuye y consiguiente elevación de precios.

En Bulgaria, la prensa renueva la literatura sobre una zona desnuclearizada en el espacio de los Balkanes y el mar Mediterráneo. El ministro de Asuntos Exteriores búlgaro, Iwan Baschew, en una entrevista concedida al diario griego *Nea*, el 9 de febrero de 1963, habló de reanudar la conexión de los teléfonos, las carreteras y los ferrocarriles entre Grecia y Bulgaria, dejando ver la posibilidad de que una parte del comercio exterior búlgaro sea evacuado por puertos griegos.

El mismo secretario del Partido checoslovaco, Novotny, reconoció en un discurso la necesidad de introducir nuevos métodos en la producción y en la economía, pues la desproporción entre el consumo y la producción lo exigían. En julio de 1963 tuvieron que establecerse dietas forzosas para la carne. La situación de su agricultura, deficiente en todo el bloque oriental, está agravada por las pésimas cosechas de los últimos años. Además, su problema de la vivienda es uno de los más agudos del mundo. Este país está muy abierto a los países africanos e iberoamericanos, donde ve posibilidad de exportar industria pesada, y sus relaciones con todo el mundo libre han mejorado grandemente.

Yugoslavia es un caso aparte. Su carácter de neutralista hace ya tiempo que la mantiene en buenas relaciones, especialmente con Washington, cuya amistad se ha traducido en numerosos préstamos y ayudas económicas, y en el apoyo de los organismos internacionales de ayuda para el desarrollo y la reconstrucción.

En términos parecidos podría hablarse de Polonia, donde Gomulka se esfuerza por superar el paro obrero y, cómo no, el problema agrícola, o de Albania, que, aunque inclinada al bando chino, en la famosa controversia, se esfuerza por mantener relaciones amigables con aquellos países en desacuerdo con Moscú, como Francia, Bélgica, Brasil...

En una palabra, sería inacabable enumerar todos los incontables intentos,

en forma de tratados, visitas y conversaciones que se han sucedido de un tiempo a esta parte entre los países del telón de acero y los del denominado mundo libre, notablemente incrementados desde la firma del Tratado de Moscú. La acogida dispensada en Polonia a un personaje tan significativo en el mundo occidental, como lo es Robert Kennedy, es una demostración palpable de que el viejo mito comunista que presentaba a Occidente como un monstruo extraño con colmillos y garras, ya no tiene vigencia.

También ha muerto en Occidente otro mito. El de la idea utópica sobre Rusia, que, embaucadas por la propaganda, tenían las clases trabajadoras de todo el mundo. El paraíso socialista ha resultado que no era tal paraíso, aunque lo creyeran así los hombres, que no se resignan a creer que el paraíso se haya perdido para siempre, que no haya un país de jauja en el mundo. Nuestros exploradores del siglo XVI hablaban con una fantasía extraordinaria, que en más de una ocasión sería efecto del abrasador sol del trópico, de un fabuloso y nunca visto país de la canela; pues bien, Rusia fué también una especie de "país de la canela". Pero la economía desarrollada de los países del mundo libre ha creado la famosa triada occidental "nevera-coche-televisión", y la ha puesto a disposición de aquellos que tenían que ser redimidos por el comunismo, lo cual no pueden ni podrán alcanzar en muchos años en las mismas proporciones las clases de los países ya comunizados, incluida la propia Rusia; tampoco se han sucedido en Occidente las crisis económicas que predecían para después de 1945 los teóricos comunistas, siendo la coyuntura económica generalmente favorable.

De esta manera, su propaganda encuentra cada vez menos campo. En los países donde se ha alcanzado un nivel de vida determinado, donde, como decimos, el trabajador adquiere unas condiciones de vida favorables, donde puede alcanzar las ventajas de la técnica para su comodidad personal, corre paralelo el fenómeno de la despolitización. Se tiene algo que perder, no vale la pena correr nuevas experiencias. No se sabe qué ocurrirá en el futuro, pero para las masas cuenta el presente, y un comunismo sin masas es un pasatiempo de *dilettantes*. Los países comunistas han prestado mucha atención a la gran industria, y su propaganda se dedicó demasiado a prometer para las generaciones futuras. Pero las presentes alzan su voz y reclaman su derecho a vivir, a consumir y a disfrutar de las ventajas del progreso.

Así, Rusia, que había adoptado ya en otro tiempo la defensa, conservación y propagación del cristianismo, con su tesis de la Tercera Roma, tomó

también la idea mesiánica del comunismo de redimir a las clases desposeídas de todo el mundo, y ahora se encuentra con el desilusionante problema de que hay países donde las clases proletarias se dan ya por redimidas con un coche utilitario y con jornadas de cuarenta y cuatro horas semanales.

El contraste en los *standards* de vida no ha podido pasar desapercibido para el mundo de la Europa Oriental; por otra parte, la propaganda, la retórica revolucionaria ha sido prodigada en demasía, hasta conseguir un efecto contrario. El empeño de evitar a todo trance el conocimiento de lo que era la vida en los países occidentales, ha despertado la curiosidad de las generaciones jóvenes y la avidez de contactos. Sus fracasos económicos, especialmente en la agricultura, han llevado a los gobernantes a sopesar la posibilidad de tomar eclécticamente algún procedimiento de cuño capitalista, aunque sea a costa de la ortodoxia marxista.

La capacidad de destrucción total de una posible guerra ha hecho que los grupos belicistas se pregunten si no será mejor conservar la paz y prescindir de posibles nuevas medallas. Todos estos supuestos han actuado al aparecer la oportunidad de aflojar los lazos con Moscú; oportunidad incipientemente anunciada por Yugoslavia en la época de Stalin; acentuada por los sucesos de Polonia y Hungría del año 1956, y, por fin, hecha patente, clara y decididamente expresada, con el enfrentamiento chino-ruso.

El acercamiento a Occidente de los países de la Europa Oriental, según vayan teniendo más autonomía, es presumible, y el de todo el mundo comunista en general; y habiendo partido principios teóricos tan dispares, es posible que en lo futuro se vayan acercando en el terreno de las realidades, que es, en definitiva, el que cuenta.

GREGORIO BURQUEÑO ALVAREZ.



## *CRONOLOGIA*

